

en tiradas millonarias, eran llevadas al cine, y terminó sus días en su villa de Fontana Rosa, en los alrededores de Mentón, rodeado de mármoles de Manises que representaban escenas regionales valencianas. Para ser un revolucionario no estuvo mal del todo. Y resulta admirable cómo en aquellos años de escasa difusión de la literatura, las obras de Blasco saltaron desde los ámbitos regionales a la fama universal, repentinamente, sin etapas intermedias.

El escritor era un novelista nato. Esto es algo inconcuso en la personalidad de Blasco Ibáñez, que, a los catorce años ya había escrito una novela de capa y espada, y antes de cumplir los veinte, escapado de casa por unos meses, trabajaba como amanuense al lado del célebre folletinista don Manuel Fernández y González que le indicaba las líneas maestras del argumento, para que el joven discípulo desarrollase los capítulos por sí solo. Posteriormente, su carrera de novelista se fundió con su trabajo de periodista, y en su diario *El Pueblo*, comenzó a publicar por entregas sus primeras obras, las pertenecientes al período valenciano. Así aparecieron *Arroz y tartana*, *La barraca* (sus dos mejores novelas, tal vez), *Flor de mayo* y los cuentos valencianos. Cuando editó *La barraca* en forma de libro, vendió setenta ejemplares. Blasco llevaba camino de convertirse en un escritor regional, de validez y ámbito limitados; pero un traductor e hispanista francés leyó *La barraca*, y la tradujo al francés, comenzando de esta forma un camino asombroso. En 1927, el escritor calculaba haber vendido más de un millón de ejemplares de aquella su obra primeriza. *Entre naranjos*, *Cañas y barro* y los cuentos de *La condenada*, completarían su ciclo regional, en el que también aparece una obra histórica, *Sonnica la cortesana*, escrita a imagen de la *Salambó* de Flaubert.

Su peregrinaje político le traslada por toda España, y la literatura puede ser también un arma en su lucha diaria. *La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda* forman el ciclo de novelas sociales o de rebeldía, donde también resplandecen en gran medida sus naturales dotes de escritor. Madrid contempla con extrañeza a este valenciano impulsivo y pasional, a este hombre que empieza a ser un triunfador de la literatura, sin haber pagado el obligado tributo a la politiquería artística de la capital. Blasco saltó por encima de Madrid, de Valencia al mundo entero, y esto no le fue perdonado, ni siquiera por los grupitos progresistas. Su descuido, su vehemencia, su prolífica actividad, desbordaban los acostumbrados límites de la literatura nacional; en ocasiones, su vitalidad arrolladora chocaba con las respetuosas maneras que el arte exige, y a las que suelen sujetarse los estudiosos y cultivadores del arte con mayúscula. De la época madrileña, destacan *La*

*maja desnuda, Sangre y arena* (uno de sus mayores éxitos universales), *Los muertos mandan* y *Luna Benamor*.

A partir de 1910, Blasco abandona su actividad de político y escritor, y se consagra a la aventura americana, a su etapa de colonizador, de fundador de pueblos y colonias. Un viaje por la Argentina, donde sus conferencias tuvieron un éxito inenarrable, dio lugar a este lapso extraño, donde el escritor «quiere vivir y construir las novelas en la realidad, en lugar de sobre el papel». Allí, en Corrientes y en la Patagonia—de un lado a otro del país—el escritor funda dos colonias, «Cervantes» y «Nueva Valencia», mientras el mundo se aproxima a la primera gran catástrofe, la conflagración de 1914. El fracaso de sus ilusiones americanas fue debido a complejidades administrativas, a dificultades económicas, que motivaron la deserción—una vez más—de Blasco.

Su aventura dio lugar a un proyecto literario que quedaría también frustrado y del que solamente publicó dos episodios. Se trataba de un gran ciclo novelesco, en el que el escritor hubiera plasmado la realidad de todos los países hispanoamericanos. El prólogo, con el título de *Los argonautas*, apareció en 1914, y constituye una de las obras preferidas por el autor, pero quedó inconclusa. Años más tarde, en 1922, con *La tierra de todos*, intentaría proseguir el ciclo proyectado; pero eran otras las preocupaciones que asaltaron posteriormente al escritor.

En efecto, la guerra del 14 atrae a Blasco, como testigo y creador, y como artista beligerante, colocado al lado de los aliados. Poincaré posibilita que Blasco esté presente en los escenarios más directos de la conflagración, en las trincheras, al lado de los combatientes. América y la Guerra Mundial se entremezclan en el que había de ser el éxito definitivo del escritor, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Nunca había estado Blasco tan en forma. Los acontecimientos parecían desbordarle, y el escritor, en plena efervescencia creadora, culminaba su obra famosa, que apareció en 1916. *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*, completaron este grupo de novelas de la guerra. Terminada la lucha, Blasco es un escritor conocido en el mundo entero, célebre y rico, viajero ilustre, turista distinguido. La oportunidad había pasado por su lado, y el novelista había acertado plenamente en la diana. Hollywood le llama, los Estados Unidos se rinden a sus pies. Sus obras finales serán una simple prolongación del triunfo conseguido. Los escenarios en los que se mueve Blasco son los del mundo internacional, cosmopolita y elegante. En estos terrenos, Blasco se movía con igual habilidad, aunque con mucha menor autenticidad. *El paraíso de las mujeres, La reina Calafia, El fantasma de las de oro,*



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Blasco visitando los arrabales de Reims